

el francés, al señor contra el rey, al pueblo contra los eclesiásticos : y no obstante, al fin de sus años, cansado de galanterías y aventuras, suele parar en el claustro, atraído por el omnipotente imán de la fe. El oficio del trovador es distinto y opuesto al de la Iglesia : mientras ésta propende á pacificar y moralizar, el trovador canta en sonoras rimas la hermosura de las mujeres y el estrépito de los combates. Cierito que la Iglesia á su vez predicó incesantemente, por espacio de cuatro siglos, una guerra, la Cruzada, y que las frases de san Bernardo á los Templarios son un himno bélico : pero la guerra de la Iglesia no se parece á la exterminadora y destructora lid que los trovadores ensalzan. Hemos oído la voz de san Bernardo ; escuchemos al trovador Beltrán de Born, cuyas estrofas respiran fuego y sangre. — « Pláceme, — dice — que ante el invasor huyan despavoridos hombres y rebaños, y que tras ellos corra, rugiendo, gran golpe de gente armada. Causame regocijo ver el fuerte castillo sitiado, los muros agrietados que se desmoronan ; me agrada el valiente hidalgo que llega primero al ataque con su poderoso bridón, y se presenta impávido, animando á su gente con denuedo y proezas. Mirad como la espada y la lanza rompen el casco y el escudo, como los mensajeros menean el hierro, como huyen sueltas las cabalgaduras de muertos y heridos ; cuando esté bien trabada la batalla, ningún hidalgo piense en cortar brazos y cabezas : más vale un difunto que un vencido vivo. Dígoos que ni el comer, ni el beber, ni el dormir, me saben tan bien como oír gritar por do quiera : ¡ á ellos ! y escuchar el relincho de los caballos que vagan sin jinete en la selva, y voces que exclaman ¡ socorro !, y ver como en el foso, sobre la hierba, caen revueltos unos y otros, y mirar los cadáveres en cuyas ingles se hincan el astil de la lanza... » — Ni los impulsos de la naturaleza bastan á suavizar tan feroz poesía : he aquí cómo se expresa el vate refiriéndose á su propio hermano : — « Mi hermano quiere arrebatar-me el patrimonio de mis hijos... Declaro que le saldrá mal si se atreve á luchar conmigo. Sacaré los ojos á quien intente apoderarse de mis bienes. La paz me estorba ; sólo me agrada la guerra... Traten otros de adornar su mansión y vivir con regalo : lo que á mí me gusta es hacer provisión de lanzas, de espadas,

de cascos, de corceles. » — ¿ No parece que vemos al bárbaro del Norte retratarse en estos cantos sanguinarios, y suscitar las orgías guerreras del Valhalla ? Este desprecio del fin moral, este pelear por el gusto de dar muerte, este desdén de la vida civilizada y apacible ¿ no eran distintivo de las huestes de Genserico y Atila ? Cuando uno de los trovadores más célebres del siglo XIII fué á esconderse bajo el sayal franciscano, san Francisco le impuso nombre diametralmente opuesto al papel que había desempeñado en el mundo : llamóle *fray Pacífico*.

Ya se deja entender el mucho esfuerzo que necesitó la Iglesia para contrarrestar semejante fiereza y conseguir que gradualmente adquiriesen las costumbres tinte de suavidad y humanidad. Desde luego á una poesía opusó otra : sus cánticos, sus himnos, sus liturgias enteras son modelos de literatura, brillante y oriental á veces, á veces patética, elegiaca y sombría, siempre elevada y profunda. Habíanse apoderado los trovadores de los dialectos meridionales : en el siglo XIII, los poetas frailes y los teólogos señorean las lenguas romances, y riman y escriben en el idioma del pueblo : san Francisco de Asís y su discípulo Jacopone de Todi, aprovechan el primer florecimiento del bello lenguaje italiano, para cantar eclipsando á los trovadores ; y Dante, poeta sintético por excelencia, Dante, que asocia en su vasto poema ambas musas, la de los trovadores, ya decadente, y la triunfante de la Iglesia, alumbrada con todas las luces teológicas y filosóficas el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, y al par exhala el grito de las discordias civiles. Ya en el siglo XIV, Raimundo Lulio, gran trovero y trovador, mártir y apóstol de la fe, sabe emplear aquella lengua catalana, la lengua de las cortes de amor y de la gaya ciencia, en escribir versos místicos : los trovadores han muerto, la Iglesia ha vencido á la barbarie. En el país feudal por excelencia, Alemania, los *minnesinger* pululan, andan de castillo en castillo, de un príncipe á otro : son coronados y festejados ; su historia es una leyenda ; uno de ellos, Gualtero de Vogelweide, asume el carácter de poeta nacional que se observa en muchos trovadores, y, antes que nadie, canta la patria alemana : otro, Ulrico de Lichtenstein, se somete, para evitar una deformidad que desagrada á su dama, á dolorosa operación en los

labios, y más adelante, rompiendo por ella lanzas en un torneo, le quiebran un dedo, que él se corta y, engastándolo en oro, envía á su beldad entre las hojas de un volumen de versos consagrados á celebrarla. Ambos toman parte en el famoso certamen poético de Vartburga, emblema de la victoria obtenida por la literatura eclesiástica sobre la poesía trovadoresca. Reúnense seis *minnesinger* en el palacio del landgrave de Turingia y discuten acerca del valer de los distintos príncipes alemanes; de esta discusión pasan á retarse á poéticas justas, en que el vencido, el inferior en mérito, perdiese la vida en pena de su inferioridad: reminiscencia pagana y bárbara á la vez, que recordaba las condiciones del combate científico de Odín con el gigante, y la costumbre de los antiguos germanos de jugar ó apostar con frecuencia suma la libertad y la cabeza. Verificóse la liza hallándose reunida la corte y asistiendo el verdugo, enrollado á la cintura el dogal para colgar al vencido. Como Volfrango de Eschenbach fuese ganando la palma, Enrique de Ofterdingen buscó al sabio Klingsor, personificación de la ciencia humana, que á su vez luchó con Volfrango; mas no pudiendo vencerle, llamó en su ayuda al diablo, el cual arrolló á Volfrango fácilmente; y ya se disponía éste á declararse vencido y poner el cuello al dogal, cuando le ocurrió cantar el divino misterio de la Encarnación; apenas lo hubo realizado, huyó el diablo velozmente, dando fin la batalla con el éxtasis místico de Klingsor, que anunció la aparición de una resplandeciente estrella, el nacimiento de la bienaventurada princesa Isabel, hija de los reyes de Hungría. Así termina la leyenda de la Vartburga, que tan profana comienza.

Mas el arte eminentemente religioso en la Edad media, no es la poesía, sino la arquitectura. Desde el origen del Cristianismo se modifica el ideal arquitectónico. El paganismo naturalista de los griegos abrió franca entrada en el templo á la luz, para que alegrase y dorase la yerta blancura del mármol: el culto oficial y formalista de los latinos quiso edificios correctos y majestuosos: los primeros cristianos, obligados á ocultarse, á esconder, por temor de las profanaciones, sus vasos sagrados y las reliquias de sus mártires, edificaron la primer iglesia baja, como oprimida por el terror y la angustia, como

doblegada por la humildad y la penitencia; el pesado y corto arco romano comprimió sus puertas, el recinto fué tenebroso y desnudo. Andando el tiempo, cuando el Cristianismo se alza triunfante, al soplo del espíritu florecen y se yerguen las torres; sobre la masa de granito se esparce como un hálito de amor que la anima y eleva; la flecha se lanza al cielo; la ojiva deja paso á la lumbré diurna descompuesta en tornasolados cambiantes; el pórtico se abre para recibir á la multitud devota; la rosa mística esplende, como gala nupcial, sobre el pecho de la doncella desposada, Jerusalén celeste, habitáculo de Dios. Bella es cuando nace, con su túnica virginal de piedra, con los follajes de sus chapiteles recién abiertos, con el brillo de sus dorados, de sus gayos colores; pero si la mano del tiempo derriba sus bóvedas y cuarteas sus muros, si los invaden ortiga, hiedra y jaramago, la melancolía y el abandono acrecentarán su hermosura.

La ojiva, pupila que sirvió á la Edad media para contemplar la luz del cielo, es un misterio arquitectónico. ¿Cuándo se abrió por primera vez? Dicen unos que en la más remota antigüedad, entre esos pueblos oscuros á quienes la historia comprende bajo la denominación de pelagos; otros afirman que entre los árabes, legítimos padres de una arquitectura característica, ligera, transparente, henchida de poesía y gracia. Pero yerran: los árabes no pudieron concebir la ojiva. Sus arcos, más rebajados, más materiales, tienen algo del sensualismo del paraíso musulmán: son una herradura ó una prolongación horizontal ó perpendicular de las dos bases. La ojiva posee la gravedad, el espiritualismo de la teología católica. No nació siquiera en el país cismático, en Bizancio; metrópoli de la decadencia, Constantinopla no mereció engendrar el arte puro y creyente de los siglos medios. Es quizá lo más admirable de las catedrales la unanimidad del pensamiento religioso que se manifiesta en sus detalles más mínimos, atestiguando la existencia de un pueblo entero de artistas, capitaneados por un genio, el arquitecto, cuyo nombre yace sepultado en el olvido. Sea por misteriosos pactos y compromisos de sus secretas cofradías masónicas, sea por humildad cristiana, los autores de tantos incomparables monumentos se ignoran en todas partes, en Germania, en Italia, en

España, en Francia; y los planos de los templos se atribuyeron, en la misma época de su construcción, ya á los obispos, ya á los ángeles, ya al demonio. Cooperó el pueblo á la erección de las catedrales, unas veces retribuido, sin salario las más, acarreando materiales y sentando sillares: del ímpetu de fe que le encendía hay un testimonio, una carta escrita en el siglo XII por el abad Aimón á los monjes de Tutberga, documento que todos los historiadores citan; de tal manera conforma con la idea que tenemos de cómo se elevaron tan grandiosos monumentos. « Es inaudito prodigio — dice la carta — ver á hombres poderosos, arrogantes por su origen, hechos á vida regalada, uncirse á un carro y acarrear piedras, cal, madera, cuanto se necesita para el santo edificio. Á veces, mil personas de ambos sexos van uncidas á un carro solo, tan pesada es la carga; y sin embargo, no se escucha el rumor más leve. Cuando se paran en el camino, hablan, pero únicamente de sus pecados, que confiesan entre rezos y lágrimas. Entonces los sacerdotes les exhortan á deponer los odios y perdonar las deudas; si alguno está tan empedernido que no quiere reconciliarse con sus enemigos y rechaza las exhortaciones piadosas, al punto lo desuncen del carro y lo expulsan de la santa compañía. »

Unánimes lo afirman crítica y poesía, reflexión y sentimiento: las catedrales son la más sublime expresión artística de la Edad media. En una particularidad convienen la arquitectura y literatura medioevales: inferiores en elegancia y corrección á las de la antigüedad, son más ricas en ideas y sentimientos: hacen vibrar más cuerdas del alma humana. No sentimos en el ático del Partenón lo que bajo las bóvedas de las catedrales. El Partenón es para nosotros ánfora volcada, urna vacía; sólo el erudito lo explica y comprende. La catedral, por desierta y desmoronada que se halle, nos habla de cuanto amamos. Y es que nuestra edad, nuestra patria y nuestro vivir comienzan á la sombra de la catedral. Iníciase la época de prosperidad y desarrollo de la arquitectura ojival después de que transcurre el terrible año 1000; después de que la sociedad se cree segura de su existencia, y Europa de su unidad y poderío. Antes de tal fecha, es la historia de Europa acceso de pánico con-

tinuo, profundo, universal. Jamás atravesó la raza humana tan prolongado período de terror, tan duradera crisis de miedo é incertidumbre; ni semana tranquila, ni día seguro: plaga tras plaga, desastre tras desastre. Prescindamos del tiempo en que los bárbaros del Norte se derrumbaban periódicamente sobre la zona templada y meridional de Europa, sin más objeto ni propósito que destruir. No bien sus hordas movibles se fijan y aceptan la vida civil y social, otros azotes las reemplazan: los furibundos piratas normandos, los reyes de mar, los Lodbrogos, los Hastings, cuyas huestes se arrojan los niños, por solaz y recreo, de lanza á lanza. Cuando las barcas escandinavas, que en su figura imitan la del dragón ó la serpiente, asoman en el horizonte, entre la niebla que envuelve la costa; cuando resuena el toque agudo de las trompas de marfil, tiembla de pavor la ribera; los abades cargan con las reliquias, las mujeres con sus hijuelos, los hombres antecogen sus ganados, y la muchedumbre espantada se refugia al interior. Venían los temibles invasores de la región ártica de Noruega ó de las islas del Báltico: eran todavía paganos, adoradores de Odín: consideraban á los germanos que abrazaran el Cristianismo traidores y apóstatas, y desagradiaban á su ultrajada y sanguinaria deidad destruyendo cuanto podían, arrasando iglesias, dando piensó á sus caballos en los altares, asesinando clérigos y monjes. Cuando incendiaban algún territorio cristiano, decían mofándose: — « Les hemos cantado la misa de las lanzas: comenzó de madrugada y terminó á la noche. » — Llegaban, cuando menos eran esperados, en sus embarcaciones, frágiles, pero rápidas y obedientes al timón como el amaestrado corcel al freno; á Inglaterra abordaron en número tal, que pudieron apoderarse del reino todo, no sin oprimir reciamente á los pobladores y quemar y entrar á degüello los monasterios. De tal suerte se atrincheraba y resistía el paganismo en las nebulosas y vagas regiones del Septentrión, cercando como cintura de hierro á la Europa cristiana. Los dioses de la mitología escandinava, expulsados de sus selvas, se refugian en los páramos glaciales, y no quieren morir aún. Hasta el año 1000 no aceptan los suecos el Cristianismo, que les impone Olao; hasta el siglo XII no se ven extirpados

los restos del culto antiguo. En el X, la pagana Drahomira vierte la sangre de san Wenceslao de Bohemia; en el XI, perece en testimonio de su fe el príncipe Godescalco. Uladimiro el Grande de Rusia, que andando el tiempo depuso su antigua ferocidad y recibió el bautismo, ofrecía á sus ídolos, á fines del siglo X, sacrificios humanos. Uno de los pueblos que infundió más terror, por las crueldades y desafueros que acompañaban á sus correrías, eran los húngaros; cantábanse letanías en las iglesias para pedir á Dios que libertase á los fieles de la furia de aquellos bárbaros, que á trueque de matar cristianos, abrían el vientre á las mujeres en cinta; y hasta que un rey santo, Esteban, mojó la cabeza de los magiares con el agua bautismal, no alborearon paz y cultura en el país que había de ser patria de santa Isabel. Mas no eran los pueblos del Septentrion única amenaza, única pesadilla de Europa, ni solamente de las tristes regiones polares salían los invasores: también las comarcas donde nace el sol enviaban huestes devastadoras, alfanje en mano. Tiempo hacía que los sarracenos acechaban á España: abrióles la traición sus puertas, y dueños ya de lo que fué solar de la monarquía goda, fijaron codiciosa mirada en las Galias: lograron establecer en Narbona una colonia: ante Tolosa los detuvo el duque Eudo, pero con dobladas fuerzas volvió á intentar Abderramán la conquista, no sólo de Tolosa, sino de toda Francia; y lo conseguiría quizá, á no presentarle el ejército de Carlos Martel dique formidable — « una fortaleza de hierro » — dice el cronista: á dicha fué que los acorazados pechos resistieron la embestida, las agudas espadas francas segaron la mies sarracena, y Europa se salvó. No renunciaron sin embargo los árabes á caer de tiempo en tiempo sobre las Galias ejerciendo el pillaje, ni de apoderarse de Provenza. Para contener un tanto sus atrevidas incursiones fué preciso el heroico esfuerzo de la renaciente nacionalidad española; pero á pesar del freno que España les impuso, de las costas púnicas salían continuamente flotillas de corsarios sarracenos, á infestar el Mediterráneo. Penetraron en Cerdeña, y por largo tiempo no alcanzaron á desalojarlos de allí los Papas. Las infelices villas del Mediodía hallaban á cada instante el fuego y el hierro dentro de sus muros; Marsella fué saqueada

dos veces en diez años; Borgoña, Italia, hasta Suabia, sufrieron las rápidas embestidas de los infieles; la bella Sicilia cayó en su poder, y Palermo se convirtió en corte de emires. Aterradas las poblaciones de Calabria, se sometían al rey africano, y éste les ordenaba anunciar su próxima llegada á la ciudad de *Pedro el viejo*, á Roma, centro y luz de la cristiandad. Y en efecto, presto las teas musulmanas incendiaron los arrabales de Roma. Refiere un cronista de la época, que cuando volvían cargados de botín los invasores, cerca ya de Palermo hallaron una barca tripulada por dos figuras sombrías, un clérigo y un monje. — « ¿De dónde venís? — preguntaron éstos á aquéllos. — « Volvemos de la ciudad de Pedro, contestaron: — hemos saqueado su oratorio, devastado el país, derrotado á los francos y quemado los conventos de San Benito. Y vosotros, ¿quién sois? — ¿Quiénes somos? vais á saberlo, — respondieron los aparecidos; » — y al punto se levantó furiosa tempestad, que tragó la flota entera. Afogado por las incursiones de los infieles á orillas del Tíber, decía el Papa al rey de Francia — « Corre sangre de cristianos: los que se libran del fuego y de la espada, son arrastrados á esclavitud, á eterno destierro. Ciudades, villas y aldeas perecen y se despueblan; los dispersos obispos no hallan más refugio que la Sede de los Apóstoles: los templos son guarida de bestias feroces. Ahora sí que es tiempo de exclamar: ¡Felices las estériles, cuyos pechos no amamantaron! » — Este gemido de dolor es el que por todas partes resuena en la primera época de la Edad media. Sí, la vida era triste y angustiosa para Europa, cuando ni en las costas ni en el interior era posible disfrutar instante de sosiego, ni sembrar grano de simiente sin recelo de que sarracenos, escandinavos ó húngaros viniesen á quemar la ya granada mies; en que las madres criaban hijos para verlos partir encadenados y mutilados á la esclavitud, cuando no muertos en sus mismos brazos. Siglos de zozobra y amenaza, tienden un velo de penetrante melancolía sobre las crónicas, las leyendas y las narraciones todas que de ellos proceden. Si consideramos semejante estado de perenne temor, unido al heroico propósito de defensa que animaba á la cristiana Europa, pasma que existan historiadores ca-

paces de acusar á la Iglesia, porque alguno de sus miembros tomó las armas para rechazar al enemigo. Sería absurdo en verdad que el Cristianismo, habiendo regenerado y constituido ya las naciones, tendiese el cuello á sus verdugos lo mismo que cuando habitaba las catacumbas de Roma. Fácil es decir hipócritamente al cristiano: sufre, perece, aniquílate. — ¡Inicuo sofisma, que señala al Cristianismo, por desenlace y fin supremo, su propio exterminio, su desaparición de la haz de la tierra! La Edad media no conoció tan risibles escrúpulos, ni en aquellas edades lógicas los concebiría nadie: la Iglesia predicó paz, pero entre cristianos, pues no ignoraba que con los infieles no cabía paz ni concordia, que el duelo era á muerte, la lid sin cuartel; que el preciado depósito de la verdad y la civilización estaba en sus manos, y que los grandes civilizadores, como Carlomagno, habían menester empuñar el arado con una mano, la espada con otra. Aparte de lo cual ¿es admisible que el obispo y el sacerdote vivan fuera de la humanidad, y se mantengan enteramente ajenos á los intereses, temores y esperanzas de su grey, mostrándose indiferentes al naufragio social, ó, lo que es peor todavía, predicando la resignación, el abandono del niño, de la mujer, de los seres débiles, que una vez presa del enemigo, apostatarán por salvar su vida? ¡Peregrina y desusada prueba de egoísmo daría en tal caso la Iglesia! No basta que el sacerdote enseñe: hay ocasiones en que la doctrina pide la acción. Cuando los sarracenos llegaron á adelantarse hasta los arrabales de Roma, un Papa, elegido precipitadamente para la sede vacante, León IV, se puso á la cabeza de ciudadanos y tropas, y encendiendo los ánimos con su denuedo, acorraló á los invasores hasta la orilla del mar. Al allanar los dinamarqueses sus monasterios, los monjes sajones se distribuyeron en dos bandos: viejos y niños abrieron las puertas á los piratas y estoicamente se dejaron martizar y degollar; pero los mozos fuertes, unidos con el pueblo, se parapetaron tras las macizas murallas conventuales, y se defendieron cuanto fué posible con flechas y piedras. En casos tan apretados, si el obispo es un anciano, un santo, se pone en oración, como nuestro san Gonzalo, y el mar se sorbe las naos del invasor, ó se alza un remolino de polvo que ciega á

su ejército. Pero si es hombre robusto, arde su sangre, y estándole vedado manejar la espada, toma una maza, y con ella ejecuta proezas. Así, unas veces muriendo y otras luchando, la Iglesia se asoció á las tribulaciones de los fieles, y su corazón latió al compás del de Europa.

Á tantas pruebas y calamidades como ejercitaron la paciencia del mundo cristiano en la primera mitad de la Edad media, hay que añadir la más profunda quizá: la alarma trágica del milenario. Pensaron las gentes ver expresamente consignado en el Evangelio que el año 1000 de la Encarnación de Cristo había de concluirse el mundo y perecer toda la raza humana. Á medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla males y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleaba; los que contemplaban las ruinas del potente imperio romano, también podían ver las del carolingio, tan presto levantado como caído; dividióse primero en naciones, se fraccionó en estados luego, y Europa, después de aspirar á la unidad, se halló nuevamente destroncada y disuelta. Por efecto natural de tantas invasiones, de tanta fuga y susto, quedaron los campos sin cultivo, desatendida la agricultura; de modo que á fines del siglo X devasta á Europa el hambre, y un celemín de trigo se paga á peso de oro. Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobrevino. Los hombres roían raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando aun eso les faltó, apoderóse de ellos la rabia y se saciaron de carne humana. Á la puerta del convento en que Rábano Mauro distribuía á los indigentes víveres y socorros, se representó drama conmovedor: una pobre madre cayó desmayada de hambre, y la criatura que colgaba de su seno continuó buscando en él los manantiales ya agotados de la vida: los que contemplaban escena tan desgarradora, rompieron — á pesar del endurecimiento que causa la desdicha común—en copiosas lágrimas: pero un hombre cruel, que mendigaba con su mujer, iba ya á arrojarle sobre el niño para devorarlo, cuando acertó á divisar, no lejos de allí, dos lobos despedazando á un cervatillo: atacólos y arrebatándoles su presa, se satisfizo y aun partió con la infeliz madre, que ya había recobrado los sentidos, la sangrienta vianda. Esta convivencia del hombre y el lobo era frecuente: la fiera

bajaba á devorar los cadáveres que quedaban en las calles insepultos; pero el hombre le disputaba el corrompido manjar : en los mercados se ferian miembros humanos, criaturas abiertas en canal y vaciadas como los corderillos para el asador. Al pálido espectro del hambre se unió su negro compañero, la peste, uno de esos contagios extraños de la Edad media, cuyos síntomas consistían en despegarse la carne de los huesos y caer podrida y deshecha. No es mucho que el orbe convirtiese la mirada al cielo, implorando piedad; que los reyes envidiasen á los monjes; que los claustros se viesan asaltados por muchedumbres que en masa querían sepultarse allí, morir siquiera en paz, sin ver tantos horrores; que el pueblo humedeciese con lágrimas y puliese con sus rodillas la piedra del umbral de los santuarios; que las sacras reliquias fuesen llevadas procesionalmente por calles y plazas, y que los ricos, esperando, según expresamente declaraban, el fin del mundo, legasen á las iglesias todo cuanto peseñan. La actividad humana se había paralizado : ocioso fuera edificar ni labrar la tierra, cuando iba á deshacerse y aniquilarse al son de la trompeta final. Mas el abatimiento que precedió á la temida fecha sólo puede compararse con el júbilo de la humanidad al ver que pasaba, y que el sol continuaba brillando en el cielo, y germinando los campos y la naturaleza inalterable en su serenidad majestuosa. Sobre todo exultó el pueblo, porque había temblado más; pues los grandes y los reyes — si hemos de estar á las indicaciones de las crónicas — redimidos del hambre por el oro, recelaban harto menos la catástrofe. Etelredo de Inglaterra se hallaba muy ocupado en tratar con los dinamarqueses; en Normandía, el conde Raul sometía á la liga de los villanos, infligiendo á sus jefes torturas atroces; Otón de Alemania no se descuidaba en invadir á Italia, ni en ordenar el suplicio de Crescencio; el emperador de Oriente, Basilio, arrancaba los ojos á los prisioneros de guerra cogidos en Bulgaria y Macedonia; los reyes de Navarra y Castilla no cejando en la reconquista triunfaban en la jornada de Calatañazor; en suma, parece que los terrores del milenario influyeron mucho en la ignorante multitud, bien poco en los grandes; pero bastó, porque el arte que va á nacer saldrá

del pueblo : arquitectura ojival, música, poesía romance, todos los capullos prontos á abrirse, todas las ideas ansiosas de manifestarse, infundidas por la melancólica impresión del pasado y las esperanzas risueñas del porvenir, flotan en la masa popular, y sólo aguardan un instante de tranquilidad para desenvolverse : conjurado el fantasma del año 1000, álzanse doquiera las catedrales.

La catedral, gigante de piedra, necesita voces que salgan del ancho pulmón de sus naves, y expresen la profundidad del sentir, la grave contrición, el recogimiento del espíritu y la eficacia y ardor de la plegaria. Un acento poseía ya, pero aislado, solitario; los modos ambrosianos, aboliendo el ritmo, no habían logrado establecer la diafonía, la sucesión de sonidos, y aquel canto parecía huérfano, monótono, sin fuerza para llenar la vasta cavidad del edificio : convenía algo que imitase el poderoso conjunto de las voces del pueblo, al elevarse desde el ábside hasta las bóvedas, como un himno. El empleo de sonidos diversos y simultáneos comenzó en el siglo XI; y pasada la época del terror, se propagó en las iglesias la gran sinfonía religiosa, el órgano. ¿Cómo empezó? ¿Dónde resonaron por vez primera sus acordes sublimes? No se sabe : ignorado como el de los arquitectos, permanece el nombre de los maestros organeros : y sin embargo, complicada y difícil debía ser la construcción de instrumentos tan colosales : el órgano de Alberstad necesitaba diez personas que diesen á los fuelles; el de Magdeburgo, doce; el enorme de Winchester, setenta. Así como la catedral es la más perfecta creación arquitectónico-religiosa, el órgano es la más acabada obra religioso-musical; sus múltiples armonías, que brotan de un soplo mismo, son como la diversidad de formas que adopta la fe en las almas; las notas, ya graves, ya sonoras, ya agudas, que unidas fluyen como raudal inmenso de sonidos, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjes, vírgenes, alcan á un tiempo sus voces diversas para dar testimonio de Cristo. Por modo maravilloso despierta el órgano la impresión misma que produce toda la catedral : la idea de lo infinito, contenida en sus sonos que pueden prolongarse y durar á medida del deseo, en su vibración ligada y misteriosa. Á esta voz interior de la catedral contesta otra desde lo alto

de las torres, grave y amorosa, que convoca al pueblo : la campana. Hoy que en cualquier teatro ó concierto es dado escuchar música clásica, no comprendemos lo que fueron campana y órgano para el hombre de la Edad media, contemplativo y creyente. Ambos instrumentos expresaban lo que él no podía : meditaciones, éxtasis, clamores del alma sedienta de Dios : todos los cantos del poema religioso, y al mismo tiempo, la recobrada paz. Al disiparse el terror, al surgir las catedrales, ataviadas, animadas por la campana y el órgano, vestidas de luz y colores, comienza la segunda época de la Edad media, cuyo glorioso apogeo fué el siglo XIII.

En la última mitad de la Edad media, cuando las invasiones septentrionales y orientales cesan y Europa respira, abre la serie de los Pontífices un cultivador de las ciencias físicas, Gerberto, viajero incansable, que fué á aprender de los árabes el conocimiento de la naturaleza, que rebuscó y recogió y conservó cuantos libros antiguos hubo á la mano, y al cual sus astrolabios, esferas é instrumentos de cosmografía, costaron pasar plaza de mágico y hechicero. El siglo XI, sucesor de la sombría centuria décima, se estrena con un Papa sapientísimo. Á su pontificado siguieron varios muy breves y turbulentos; los emperadores de Alemania, empeñados en dominar á la Iglesia, influían en las elecciones, disponían de la tiara. Es signo de los tiempos : en la escena del mundo van á presentarse nuevos actores : ya no son los bárbaros y el imperio romano, ya no son francos y sajones los que llenan la historia con sus luchas, sino el Papa y el Emperador; circunstancia que ella sola basta á distinguir el período que se inicia del que concluye. Personifica la causa de la Iglesia en el siglo XI un varón ilustre, de extraordinario temple de alma, de carácter entero y privilegiada cabeza, Hildebrando; pero antes de decir cómo dió principio á la obra que el siglo XIII completa, importa considerar cuánto era necesaria y fecunda la tarea que Hildebrando se impuso. Resalta en el cuadro de la Edad media la Iglesia, como elemento de unidad moral. Á no ser por ella Europa no hubiera conseguido nunca descartarse de la anarquía y la barbarie, ni apartarlas de sí cada vez más, desterrándolas á los últimos límites de las fronteras asiáticas y africanas.

Ahora bien : en el calamitoso siglo X, á vueltas de angustias y miedos, hambres y pestes; á favor del desorden introducido por las facciones que hacían blanco de sus intrigas la tiara, la disciplina se había relajado y corrompido, depravándose las costumbres eclesiásticas. Á fines del siglo algunos obispos declaran en un concilio ser pastores de nombre no más, pues dejan perderse en el vicio las ovejas que Dios les ha confiado; añaden que los monasterios, quemados y arrasados por los paganos, ó despojados de sus bienes, apenas guardan vida regular; que ni monjes, ni canónigos, ni religiosas, obedecen á sus legítimos superiores, y que hay conventos que son mandados por un abad laico, que mantiene familia, soldados, caballos y perros. Para comprender cuál sería á la sazón el estado interior de la Iglesia, no hay como leer detenidamente los cánones de los concilios. El de Augsburgo, en el siglo X, prohíbe á los laicos arrojar de las iglesias á las personas encargadas por el obispo de custodiarlas; veda á los sacerdotes tener mujeres consigo, jugar á juegos de azar, sostener lebreles y halcones, y depone á los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos que contraigan nupcias. El mal persiste, y bajo Silvestre II el concilio de Poitiers renueva á los eclesiásticos la prohibición de habitar con mujeres; el de Denham les recomienda el celibato; en el de Pavía, Benito VIII, después de largo sermón contra la incontinencia, les ordena expulsar á sus mancebas, y reduce á la esclavitud é incapacita para heredar á las criaturas nacidas de tan nefandas uniones : el concilio de Bourges impone, como el de Augsburgo, deposición y degradación por el propio delito; Clemente II se ve obligado á estatuir penas severísimas contra la simonía; León IX las confirma, pero atenuándolas, porque, á aplicar en todo su rigor los cánones, la Iglesia se hubiera visto privada de un número excesivo de ministros : tantos fueron los que se hallaron reos de la misma culpa. En Reims, en Mayenza, en Roma, el Santo Pontífice truena otra vez contra la incontinencia y la compra y venta sacrilega de bienes espirituales. En suma, hasta monótonos son los concilios del siglo XI, por la repetición continua de los mismos clamores y anatemas contra los mismos pecados. Inaugura su pontificado Víctor II deponiendo á